

**ACERCA DE LO NECESARIO COMO CONDICIÓN PRETEORETICA, SEGÚN  
LOS PRIMEROS LIBROS METAFÍSICOS DE ARISTÓTELES  
(indagación provisional)**

*Nelson Vergara M.*

0. Al igual que otros grandes vocablos del pensamiento filosófico, posee éste de *lo necesario* variadas acepciones, según nos refiere Aristóteles en el libro V de la *Metafísica*.

Por un lado, se refiere a todo aquello sin lo cual es imposible vivir, sea llegar a la existencia, o cómo mantenerse en ella, sea orientarse en la dirección de lo que constituye su finalidad o bien, cómo evitar un mal. En otras palabras, con *lo necesario* se alude a todo aquello que puede cooperar para que la vida sea posible. La dimensión que destaca es la de la vitalidad, diríamos casi orgánica, pero también alude a condiciones no fisiológicas y que, sin embargo, apuntan a su cuidado o preservación.

Por otro lado, necesario nos refiere a todo aquello que nos impide algo, o nos detiene para algo, en el sentido de actuar en contra de nuestro deseo o de nuestra voluntad. Bajo esta acepción incorpora a lo necesario la 'fuerza' y la 'violencia'.

Se destina, además, el vocablo para designar toda conclusión que, en virtud de una demostración rigurosa, no puede ser otra sino la que es.

Dados estos contextos, se puede observar entonces que el ámbito en que se desenvuelve la noción, el ámbito, podríamos decir, de referencia, no es homogéneo, así como su sentido o significación no es unívoca. Que no es homogéneo se vislumbra por cuanto remite a distintas dimensiones de lo que *hay*, dimensiones que, por un lado, podemos llamar *ontológicas* sobre todo cuando Aristóteles nos orienta a las causas cooperantes, a lo que favorece o desfavorece, voluntaria o involuntariamente, por un deseo nuestro o contra él. Por otro lado, y con respecto a estas mismas nociones (vida, bien, mal, fuerza, violencia, etc.), nos parece que podemos colegir también una connotación *axiológica*, en que las referencias, sin perder su

carácter objetivo, real, se abren a una dimensión particularmente humana, a lo que el hombre también posee por sí, como propio de él, y que en términos amplios podríamos llamar "morales". Podemos ver algo de esto p. ej.: en la Gran Etica, L. I, 11 y ss.

La tercera dimensión aludida en este ámbito es de naturaleza u orden fundamentalmente *lógico*, pero en el que, por lo pronto, nos parece posible incorporar lo relativo a los procedimientos cognoscitivos en general. Según este orden, la demostración silogística tiene la preeminencia. Así, dice Aristóteles que, "las demostraciones de las verdades necesarias, son necesarias ..." (*Met. V, 5*).

Todas estas acepciones tienen, de acuerdo al filósofo, un núcleo común: ella envuelve la idea de algo inevitable y como tal es que puede imponerse como lo opuesto a un movimiento voluntario y reflexivo. Así, cuando una cosa no puede ser de otra manera de como es, se le llamará necesaria. Y esto es, a su juicio, el sentido o significación que de un modo u otro cubre todos los casos mencionados, es decir, todo el ámbito a que se ha hecho mención:

*La necesidad es por consiguiente a nuestros ojos, aquello en cuya virtud es imposible que una cosa sea de otra manera. (Met. V, 5).*

Ahora, cuando se interroga acerca de dónde, en virtud de qué algo tiene o llega a tener tal condición, Aristóteles afirma que: o porque lo adquiere de otro o porque la posee por sí mismo. En este sentido, los últimos son siempre condición de los primeros y, proyectado hacia lo que es necesario, digámoslo así, absolutamente, nos dice que ello estaría constituido, en rigor, por el hecho de ser algo de *una* sola manera. Ella es, a su juicio, la necesidad invariable y guarda más relación con los seres eternos e inmutables a los que nada puede contrariar su naturaleza (*Met. V, 5*).

Pero se ha observado, también, como hemos indicado más arriba, que además de cubrir un ámbito que no es homogéneo, el uso dado por Aristóteles a esta noción no es unívoco. En la *Metafísica* nos parece ver entrelazarse los alcances de estas significaciones y por lo mismo diluirse sus límites. A pesar de este in-

conveniente, queremos acercar una lectura que "aísle" una de las acepciones reseñadas y explorar su ámbito en un sentido acotado.

La acepción escogida es la de lo necesario en cuanto se refiere a esa dimensión vital, a esas condiciones que van operando, contribuyendo, cooperando o entorpeciendo según el caso, el desenvolvimiento de la vida humana, cuestión que entendemos aquí en un sentido globalizador como lo que es propio del hombre. En este contexto nos proponemos una "interpretación" que permita abrirnos un camino hacia la observación de la necesidad que *conduce* a la filosofía, como quehacer humano como forma concreta de actividad del hombre, y que junto con hacerla posible, entrega datos para la comprensión de su desarrollo. Todo esto está visto desde la concepción aristotélica que creemos vislumbrar y que nos parece regida por una suerte de necesidad o como un modo de ella, y que con las razones que Aristóteles da, nos parece que no podía ser de otra manera, al menos en algún sentido preciso. En otras palabras, creemos que Aristóteles ve la necesidad no sólo en el origen del pensamiento filosófico, sino en el desenvolvimiento de la disciplina hasta llegar a él mismo. En este punto aventuramos la suposición de que Aristóteles se ve a sí propio como necesario porque hay una necesidad que justifica la tradición, que llega hasta él y que en él se supera. Las formas en que encaramos esta exploración es la de tomar algunas "vistas" y aproximarlas unas a otras, sin mayores pretensiones de consecuencia.

Comprendemos que para estos propósitos hay que tener en cuenta que la noción explorada interactúa con otras nociones fundamentales, como las de *principio*, *causa*, *verdad*, *movimiento*, etc. Pero quisiéramos, por cuanto ésta es una indagación provisional, hacer abstracción de referencias a ellas más allá de suponerlas a la base o mencionarlas cuando resulta preciso, a pesar de lo arbitrario que pueda parecer, sobre todo cuando se trata del *movimiento* en primer término, y de la *verdad* a la que el movimiento está orientado en este caso, ya que nos afirmamos en la idea de la filosofía como un quehacer, como una empresa o tarea, como actividad *sui generis*.

1. Ya al comienzo de los libros metafísicos, Aristóteles nos proporciona una línea de indagación. El va a concebir la filosofía como una especie de *saber*. Y si

bien, al parecer, los hombres no tienden directamente a la filosofía, pero si, por naturaleza, se inclinan al saber y tienen, por virtud de ella el deseo de saber. La idea de *deseo* no parece estar aquí referida exclusivamente al ámbito de las denominadas necesidades primarias, pero no está desligada de ellas en la medida en que se asienta en hechos de la sensibilidad o se refiere a ellos. Pero llama la atención la referencia a la naturaleza (*fisis*). Esta la hemos entendido como la condición integral de algo, como la expresión misma de su realidad. Con ella se ha aludido a una cierta manera de ser propia, de ser por sí, de cada cosa. No coincide, según esto, con el moderno sentido de "físico". La *fisis*, para el griego, es una referencia a algo que está allí, expresando con ello, por un lado, ese estar las cosas, ostentando una condición de objetividad y realidad absoluta, y que en su complejidad conlleva el carácter de ser verdadera, de manera que nos permite o nos orienta siempre hacia ese ámbito de totalidad que constituye a algo, y que, por otro lado, tiene en sí mismo su principio de generación, de brotación y desarrollo.

En este sentido nos parece que al pensar algo como *fisis* o desde la *fisis*, hay que pensarlo como no pudiendo ser de otro modo que como es, es decir, de alguna manera, poseyendo un modo de ser fijo, invariable, inmutable, lo que nos permite entonces entenderlo como *necesario*. De esta manera, que los hombres tengan por naturaleza el deseo de saber, puede ser entendido como que el hombre tiene la necesidad de saber y por eso se afana en ello inevitablemente. Esto es, que pertenece a la estructura de su ser esta tendencia, deseo o inclinación. Tal tendencia resultaría inevitable a partir del hecho de poseer por naturaleza capacidad de *sentir*, facultad de *oír* y *memoria*; consecuentemente, *experiencia*; todas estas capacidades como formas de saber que se requieren entre sí. Por lo que, un ser que ostente estas propiedades se abrirá necesariamente al saber. Del mismo modo, quiere decir que, dadas ciertas condiciones resultan otras, o son posibles otras como de la experiencia a la técnica y la ciencia teórica como formas de saber, por lo menos en algún sentido, tal como puede observarse en los siguientes textos que nos refieren a ellas como condiciones necesarias:

a) En los hombres, la experiencia proviene de la memoria. En efecto, muchos recuerdos de una misma cosa constituyen una experiencia (*Met.* I, 1).

b) El arte comienza, cuando de un gran número de nociones suministradas por la experiencia, se forma una sola concepción general que se aplica a todos los casos semejantes (Idem).

c) (La ciencias teoréticas) nacieron primero en aquellos puntos donde los hombre gozaban de reposo (Idem), etc.

Por lo anterior, podemos afirmar que así como la memoria es condición necesaria para la experiencia y ésta lo es para el arte o la técnica, éstas y el reposo lo son para las ciencias teoréticas. Por supuesto, no son las únicas condiciones que se requieren, pero sí nos parece que para que puedan manifestarse han de pertenecer a esta dimensión natural, y como tal naturaleza, han de ser necesarias en su conjunto. Desde aquí el hombre es visto en la dirección del saber como algo que le es propio, como parte de su ser por sí y, en este sentido, necesario.

2. Pero hay en este punto una distinción que conviene respetar. Aristóteles, nos parece, ha mostrado cómo en el orden del saber, unas cosas se siguen de otras que son su condición. Pero lo son en la línea de la posibilidad del saber, el que va asumiendo formas específicas hasta culminar en la sabiduría, sin que ello signifique, en rigor, un camino que el hombre, entendido como *cada uno*, inevitablemente siga o que no puede eludir, sino más bien, que le es preciso seguir y que por eso lo realiza, pero *genéricamente*; tampoco se refiere a los objetos del saber, a aquello hacia lo cual el saber se orienta o puede orientarse. Así establecerá que las ciencias teoréticas que, por un lado, requieren del ocio, esto es, la superación de aquello a que se orientan las técnicas y que en este sentido resultan necesarias, por otro lado, y por esta razón, no se refieren a la dimensión útil de la vida. Es decir, que el saber teorético siendo necesario, no tiene como objeto las necesidades de la vida. Aquí aparece un sentido de necesidad que Aristóteles maneja con relación a la idea de placer y bienestar en un sentido productivo y creativo que no es a lo que la teoría se orienta.

*Las artes se multiplicaron -dice- aplicándose unas a las necesidades, las otras a los placeres de la vida, pero siempre los inventores de que se trata fueron mirados como superiores a los de todas las demás, porque su ciencia no tenía la utilidad por fin. Todas las artes de que hablamos estaban inven-*

*tadas cuando se descubrieron estas ciencias que no se aplican ni a los placeres ni a las necesidades de la vida (Met. I,1).*

En este contexto, la idea de necesario está acotada a lo que nosotros habitualmente entendemos por necesidades vitales, pero creemos que se mantiene siempre ese núcleo común a que hemos aludido, ya que puede entenderse esto como originado necesariamente sobre la base de la superación de lo que conduce a las artes; y por otro lado, como que dada esta situación hay una necesidad que conduce a la teoría, que nos orienta hacia ella, que la hace posible y que Aristóteles la estima como perteneciente a la naturaleza del hombre cuando afirma que "es indigno del hombre no ir en busca de una ciencia a la que puede aspirar" (*Met. I, 2*).

Entendemos aquí, que el hombre puede aspirar a ella por cuanto ya han sido resueltas las otras necesidades y es esto lo que aparece entonces como imprescindible en el desenvolvimiento de su naturaleza. Creemos, sin embargo, que esta interpretación debe ser cuidadosa con la idea de "poder aspirar", la que se abre también al ámbito de lo que es elegido o puede ser elegido por el hombre y, por lo tanto, no impuesto como activa y mecánicamente por su naturaleza, sino producto más bien de su comprensión. Por eso estimamos que esto tiene más alcance en la vida considerada no individualmente, porque hemos visto que Aristóteles está pensando en el hombre en un sentido genérico, en quien la facultad de elegir, el ser libre que también caracteriza a estas ciencias, forma parte de su estructura esencial. Así, no acceder a lo que se puede aspirar puede ser entendido como adoptar una actitud contraria a la *fisis* del hombre. Al respecto hemos visto que la definición aristotélica del hombre es de tipo genérico, específico y no individualizante, que se identifica con algo común a todo un colectivo, a un universal hombre y que, se ha dicho, es producto de la presión que sobre él siempre ejerce la lógica, particularmente su teoría de la definición.

Con relación a esto último, ha dicho X. Zubiri que casi todos los problemas los enfrenta Aristóteles, indistintamente por la vía de la predicación y de la naturaleza, que estas dos vías (*logos* y *fisis*) están siempre presentes y que por ello, dificulta la obtención de un concepto unitario de aquello que se busca.

3. Hasta aquí hemos acercado la idea de lo necesario a la noción de naturaleza en términos muy amplios. Ahora, supuesto esto, queremos ver el juego de la necesidad en el ámbito del saber mismo; podríamos decir más desde dentro, en un segundo círculo de aproximación. La pregunta que puede orientarnos en este punto es: ¿qué resulta de necesario como consecuencia de haber accedido o poder acceder a un tipo u otro de saber y por qué resulta necesario?

Al respecto dice Aristóteles que el acceso progresivo del hombre al saber, desde la sensación que no es aún conocimiento sino fundamento de él, hasta la ciencia teórica, pasando por tanto, por la experiencia y las técnicas, trae como consecuencia inevitable, no tanto un mejor manejo o acción en la vida práctica, sino un aumento en el conocimiento mismo de las cosas, tanto materiales como humanas; esto es, marca una dirección hacia un "más" en saber, según una interpretación de W. Bröcker, y que se caracteriza como un saber que se hace cada vez más riguroso, más general y, por lo tanto, más abarcador.

La dirección hacia la experiencia y las técnicas muestran al saber humano centrado en lo particular y concreto y a las ciencias trascendiendo esas contingencias. Por tanto diríamos, que para superar la sujeción de lo que en la contingencia el hombre encuentra como hechos dados individual y concretamente, es necesario proyectarse hacia un tipo de saber más general, técnica o ciencia, según el caso, así como el acceso a esta dimensión trae como consecuencia necesaria el abandono de lo contingente. La razón que Aristóteles presenta aquí es que en cuanto al caso de la técnica y la ciencia se refieren, guarda relación con un atender, no a las cosas en su presentación inmediata, sino a su ser vistas desde sus causas.

En efecto -afirma- los hombres de experiencia saben bien que tal cosa existe, pero no saben por qué existe, los hombres de arte, por el contrario, conocen el por qué y la causa (*Met.* I, 1).

Pero las artes están abocadas generalmente a la dimensión útil de la vida. Por tanto, una ciencia como la ciencia teórica que no tenga sino al saber por sí mismo como objeto, será por un lado, más abarcadora que las artes y para ello, por otro lado, su conocimiento deberá serlo de causas más integradoras, más primarias, que aquéllas de que tratan las artes. En esta dirección Aristóteles introducirá la

posibilidad de una ciencia en la que se cumpla la tendencia al saber propiamente tal, en la dirección de un absoluto, esto es, de la sabiduría o filosofía como indagación de las primeras causas y principios de las cosas, por lo cual se cumplirá en ellas aquella tendencia a un *más* en saber a que hemos aludido. Aquí también observamos la presencia de lo necesario cuando dice Aristóteles que quien posea la ciencia de lo general, tiene por necesidad la ciencia de todas las cosas, porque un hombre en tales circunstancias sabe en cierta manera todo lo que encuentra comprendido bajo lo general (*Met. I, 2*).

La imagen que nos presenta del filósofo prueba esta tesis.

Pero hemos dicho que lo más general son las causas; de modo que quien conozca las causas de las cosas conoce necesariamente todo lo que es posible conocer de ellas, su ser mismo, su naturaleza, si se quiere, su propia necesidad inmanente, su razón final, etc. Pero para que esta ciencia advenga, es necesario, dice Aristóteles, que se oriente hacia el saber mismo y los principios, y no hacia la dimensión práctica de la vida. Y que es así, afirma, también está probado. Lo prueban los primeros que filosofaron.

Con ello queremos tomar una nueva "vista".

4. La actitud teórica tiene, según el filósofo, un origen en el que se conjugan varios factores, de cuyo concurso surgirá la necesidad de una ciencia a la que el hombre aspirará. Uno de ellos ya lo hemos mencionado: es el advenimiento del goce del ocio con la superación de las condiciones que desvuelven la vida en torno a las necesidades vitales, el bienestar y el placer. Otro factor es la *admiración* y con él un tercero que Aristóteles refiere como la *huida de la ignorancia*. Este punto es significativo porque en él se juega Aristóteles una convicción profunda: la de que la necesidad que conduce a la filosofía es condición para el pensamiento teórico en cualquier momento de su desarrollo y no solamente para originarlo; podría decirse que resulta una condición permanente para la filosofía o la ciencia en general. Libertad, admiración y huida de la ignorancia resultan imprescindibles, si se quiere dar razón de lo que hay y, más aún, de por qué lo hay y bajo qué forma. Así dirá en *Metafísica I, 2*:

Lo que en un principio movió a los hombres a hacer las primeras indagaciones filosóficas fue, como lo es hoy, la admiración.

Pero, como la admiración exige explicación de lo admirable en la teoría, los que filosofaron indagaron en pos de explicaciones. Pero, dice Aristóteles, ir "en busca de una explicación y admirarse, es reconocer que se ignora". (*Met.* I, 2).

La ignorancia tiene aquí, por tanto, una dimensión positiva: reconocerla es ya ponerse en camino del saber o quedar posibilitado para saber, pero, al mismo tiempo comprender el saber como una necesidad, como aquello que no se puede evitar una vez que se ha tenido visión de su privilegio, de ese privilegio inscrito en su *fisis* y según el cual la existencia tiende a trascender lo inmediato.

Por consiguiente, si, los primeros filósofos filosofaron para librarse de la ignorancia, es evidente que se consagraron a la ciencia para saber, y no por miras de utilidad (*Met.* I, 2).

La indagación exigida por Aristóteles debe entonces conducir a un saber universal que sólo puede lograrse si se gana acceso a los primeros principios y causas de lo que hay. Este saber riguroso y sistemático no es, sin embargo, un saber dado al hombre más que en la dimensión de una posibilidad y una dignidad: ella ha debido ser indagada desde su origen sin ser establecida totalmente, por lo que a las alturas del pensar aristotélico, se reedita una vez más la necesidad de lograrla, de constituirla. En este largo proceso de desarrollo nos parece observar un nuevo alcance de lo necesario cuando creemos ver que Aristóteles propone que una vez despertada por el asombro y las otras condiciones aludidas, esto es, una vez que ha *partido*, no se puede ya detener, entre otras cosas, porque ya está ahí como forma que adopta lo que por naturaleza le pertenece al hombre. También, cuando Aristóteles observa el pasado filosófico no como indagaciones sueltas y azarosas, sino regidas por una cierta necesidad que va a desembocar en su propio pensamiento; es decir, creemos que Aristóteles ve en esto un proceso "natural" y por natural, necesario. O dicho de otra manera: que su propio pensar le resulta necesario. En este ámbito centramos la vista ahora. Hacemos notar que más que en lo anterior, en lo que sigue se conjugan las acepciones metafísicas y lógicas de

la idea de necesidad, pero nos mantenemos en la dirección propuesta afirmados en ese núcleo central del término: lo que no puede ser otra manera que cómo es.

Aristóteles va a revisar el desenvolvimiento necesario de la idea de filosofía desde la situación en que él se halla inserto, desde las vías que cree haber abierto, vale decir, desde su propia y en algún sentido, acabada concepción del saber, desde el quehacer teórico que él ha emprendido y que estima satisfactorio; esto es, desde la posesión de un sistema interpretativo que supone que las causas que deben ser indagadas, son las que deben ser: la *materia*, la *esencia*, el principio del *movimiento*, la *causa final*. Desde ellas mide, evalúa el quehacer filosófico anterior, desde su origen hasta el pensamiento de Platón. El supuesto que lo guía en esta empresa, reiteramos, es la convicción de que el conocimiento teórico es por causas o no es conocimiento. Y si esta tradición se inscribe como tradición filosófica es, precisamente, porque se ha montado sobre la base de indagaciones que las contemplan, a diferencia de otros tipos de saber tradicionales que no están interesados en ellas, a quienes, podría decirse no les va el problema de las causas y principios y, por ello, no son rigurosamente saber teórico.

Los primeros que filosofaron atendieron a esta necesidad y por eso deben ser considerados como hombres de teoría. Pero según esta evaluación, estos filósofos no habrían considerado los principios de las cosas sino desde el punto de vista de la materia, del sujeto, lo que Aristóteles entiende como aquello "de donde salen los seres, de donde proviene todo lo que se produce, y adonde va a parar toda destrucción, persistiendo la sustancia misma bajo sus diversas modificaciones" (*Met.* I, 3).

Esto es necesario según Aristóteles porque, como se ha dicho, no hay conocimiento sin postulación de causas; así, según él, "es indispensable que haya una naturaleza primera".

Sin embargo, a su juicio, esto que es necesario no es suficiente. Pero, creemos que junto a este punto de vista crítico está el otro, el que reconoce que sin un punto de partida, sin un principio como el indicado, no es posible un saber como el que se busca. Este reconocimiento al pasado tanto lejano como inmediato, lo encontramos claramente establecido en *Metafísica* II, 1:

*Estos (los que filosofaron antes) han preparado con sus trabajos el estado actual de la ciencia... Nosotros hemos adoptado algunas de las opiniones de muchos filósofos, pero los anteriores filósofos han sido la causa de la existencia de éstos.*

Es decir, desde esta perspectiva, todas aquellas indagaciones han resultado necesarias. Pero, ¿por qué no han sido suficientes? Ya se ha dicho: porque no han considerado las cosas desde la totalidad de las causas que habría que contemplar, por lo que, necesariamente, han debido ser a lo menos parciales y, en este sentido, superficiales. Así, intuiciones certeras han sido malogradas, sobre todo, vistas individualmente. Cabría pensar que acaso en su conjunto alcancen ellas lo que se propone la indagación de la verdad. Pero tampoco cree Aristóteles que es así. En conjunto considera que configuran un estado de cuestiones que no podría armonizarse en sistema.

¿Qué es lo que muestra esta tradición? Los más antiguos, dice Aristóteles, admiten un principio corporal, que en algunos es único y en otros múltiple, "pero unos y otros lo consideran bajo el punto de vista de la materia" (*Met.* I, 5) Pero la indagación exige ir más lejos, porque ahí está lo que se produce y se destruye y está correctamente referido a algo; sin embargo, ¿de dónde proceden estos efectos y cuál es la causa? Buscar esto es tener que ir necesariamente más allá de la materia, dice Aristóteles. Pues bien, "buscar esta otra cosa, es buscar otro principio" y a este principio le llama, el filósofo, principio del movimiento. Esta indagación es, a su juicio, evidentemente más compleja y, salvo Parménides, ninguno de los que admitía la unidad de la sustancia logró acceder a esa posibilidad. Entre los que admitían una pluralidad, el asunto no anduvo tampoco demasiado bien, a pesar de introducir de algún modo dicho principio, pero sin sacar de ello las consecuencias que se requerían, como es el caso de Anaxágoras, Leusipo o Demócrito. Lo mismo se puede colegir de la consideración de los sistemas que no admiten como sustancia un elemento material o corporal: según Aristóteles, son guiados por la necesidad de establecer principios y causas pero sólo consiguen, como en el caso de Platón, introducir junto al principio de la sustancia, el principio de la esencia. Y así puede afirmar que, en rigor, los anteriores filósofos han vislumbrado los principios fundamentales y han formulado algunos pero han omitido o desconocido otros. Incluso

piensa que los que se han referido a la esencia, como causa, no han obtenido una visión clara y precisa de lo que ella implica para el conocimiento (*Met.* I, 6). Así y todo, reiteramos que, en el transcurso del pensar filosófico, muestran su ser necesarios. Más aún,

*... estos principios han sido indicados de una manera oscura, y podemos decir que, en un sentido, se ha hablado de todos ellos antes que nosotros, y en otro, que no se ha hablado de ninguno. Porque la filosofía de los primeros tiempos, joven aún y en su primer arranque, se limita a hacer tanteos sobre todas las cosas (Met. I, 7).*

6. Luego de las consideraciones históricas en el contexto de la necesidad generada por esta acción o consecuencia de este quehacer, Aristóteles nos ofrece lo que podríamos llamar las urgencias que a su juicio se le presentan a la ciencia teórica como tal, problemas que hay que resolver, junto con las necesidades que se derivan de estos mismos problemas cuando se los considera correcta o incorrectamente. En este plano, la necesidad se aproxima más al ámbito lógico y metodológico que al ámbito metafísico, pero destacamos lo que es previo a la presentación de los problemas y que aluden también a la actitud exigida por la indagación.

Así, con independencia relativa de los problemas específicos, resulta necesario a quien se dedica a la tarea científica, exponer dificultades que hay que resolver y que además de las opiniones contradictorias de quienes se han abocado al asunto, constituyen los puntos oscuros que han dejado sin aclarar. Esto lo plantea Aristóteles como algo necesario desde el comienzo y, para lo cual, hay que examinar las dificultades, sobre todo si se está dispuesto a juzgar a consecuencia de dichos problemas, esto es, a tomar una posición, a justificar, a dar razón de una actitud teórica. Para ello se requiere de seguridad y esto implica superar no sólo contradicciones sino también lo que él denomina "las dudas del pensamiento" (*Met.* III, 1).

Con ello a la vista, Aristóteles se orienta a la indagación de la ciencia buscada, dando respuesta a las interrogantes enumeradas en el Libro III. Lo necesario asume, según nos parece, una dimensión lógico-metodológica en sentido estricto,

porque se entra de lleno en la indagación de la estructura formal del saber teórico por excelencia.

### **Bibliografía**

ARISTOTELES. *Obras*. Madrid, Aguilar, 1967.

BRÖCKER, Walter. *Aristóteles*. Santiago de Chile, Universitaria, 1963.

GOMEZ LASA, Gastón. *Aristóteles. Organon* (curso de postgrado Universidad Austral de Chile, 1989).

ORTEGA Y GASSET, José. *Las ideas de principio en Leibniz*. Buenos Aires, Emecé Editores, 1958.

ZUBIRI, Xavier. *Cinco lecciones de filosofía*. Madrid, Alianza Editorial, 1985.

----- *Sobre la esencia*. Madrid, Alianza Editorial, 1985.